

VIVENCIAS DE LA MISERICORDIA HACIA LOS ENFERMOS

Tomado de: <http://www.vicariadepastoral.org.mx/09-sobre-la-atencion-a-los-enfermos.html>

La atención espiritual de los enfermos corresponde, en primer lugar, a la familia como célula fundamental de la Sociedad y, desde luego, a la Comunidad Cristiana y a los Pastores de la Iglesia. “¿Está enfermo algunos de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia” (St. 5, 14).

La comunidad cristiana y los cristianos no podemos desatender la apremiante llamada del Señor: “Estuve enfermo y me visitasteis” (Mt 25,36); obra de misericordia, materia de juicio estricto; la caridad debe manifestarse siempre, pero es más urgente cuando el hombre se encuentra en necesidad y la enfermedad es uno de los estados de indigencia más duros del hombre.

Aún para los no - creyentes, cuando el hombre se fractura es cuando puede dar este sentido más pleno a su existencia o rectificarla; pues el hombre auténtico es el que se enfrenta lúcidamente a la enfermedad y a la muerte. A nadie se le oculta la importancia de la enfermedad y de la muerte ante el encuentro con el Absoluto. Es por ello que la atención espiritual de los enfermos y moribundos es muy importante, y surgen aquí y allá iniciativas humanitarias muy valiosas para atenderlas.

Pero entre todos los servicios humanos y espirituales a los enfermos, ninguno es tan importante como el ofrecido por los Pastores de la Iglesia: ocasión privilegiada de Evangelización y encuentro que muchas veces es difícil de obtener en otras condiciones.

Es por ello que la atención de los sacerdotes a través de los sacramentos es indispensable para los creyentes.

Al enfermo y al moribundo conviene recordarles siempre la visión cristiana de la enfermedad y de la muerte; la enfermedad



1. La redención de la creación

“La celebración del Triduo Pascual de la pasión, muerte y resurrección de Cristo, culmen del año litúrgico, nos llama una y otra vez a vivir un itinerario de preparación, conscientes de que ser conformes a Cristo (cf. Rm 8,29) es un don inestimable de la misericordia de Dios”, señala el Papa en su mensaje. Y añade: “Cuando la caridad de Cristo transfigura la vida de los santos –espíritu, alma y cuerpo–, estos alaban

a Dios y, con la oración, la contemplación y el arte hacen partícipes de ello también a las criaturas, como demuestra de forma admirable el ‘Cántico del hermano sol’ de san Francisco de Asís (cf. Enc. Laudato sí’, 87). Sin embargo, en este mundo la armonía generada por la redención está amenazada, hoy y siempre, por la fuerza negativa del pecado y de la muerte”.

2. La fuerza destructiva del pecado

Dice Francisco que, “efectivamente, cuando no vivimos como hijos de Dios, a menudo tenemos comportamientos destructivos hacia el prójimo y las demás criaturas –y también hacia nosotros mismos–, al considerar, más o menos conscientemente, que podemos usarlos como nos plazca”. Y precisa: “Si no anhelamos continuamente la Pascua, si no vivimos en el horizonte de la Resurrección, está claro que la lógica del todo y ya, del tener, cada vez más acaba por imponerse”, explica el Papa.

3. La fuerza regeneradora del arrepentimiento y del perdón

“La creación tiene la irrefrenable necesidad de que se manifiesten los hijos de Dios, aquellos que se han convertido en una ‘nueva creación’. En efecto, manifestándose, también la creación puede ‘celebrar la Pascua’. Y el camino hacia la Pascua nos llama precisamente a restaurar nuestro rostro y nuestro corazón de cristianos, mediante el arrepentimiento, la conversión y el perdón, para poder vivir toda la riqueza de la gracia del misterio pascual”.

Contáctenos a través de:

Correo electrónico: spastoral@obipinar.co.cu

Dirección Postal: Obispado de Pinar del Río. Calle Máximo Gómez Nº 160 e/ Ave. Rafael Ferro y Cdte. Pinares. Pinar del Río. CP. 20100

completa la Pasión de Cristo, y los enfermos en la Iglesia tienen la misión de recordarnos con su ejemplo los valores esenciales, como también demostramos que la vida mortal del hombre ha de ser redimida con el Misterio de la Muerte y Resurrección de Cristo. (Cfr. Ritual de la Unción de los Enfermos).

Como Pastor de esta Iglesia particular, anhelo la presencia de la Iglesia en todos los momentos de la vida del católico y, más aún, en el momento de morir. Presencia llena de caridad y amor, de fe y de confianza.

Cuidarse para poder cuidar: estrategias

No todo el mundo nace con la vocación de “ser cuidador”, lo más probable, es que sea la propia vida la que nos ponga en esta situación a la fuerza. Así pues, el primer paso será recibir asesoramiento y una adecuada información sobre la enfermedad que sufre nuestro familiar, qué cuidados necesita y cómo llevarlos a cabo.

El segundo pilar a tener en cuenta es evitar el aislamiento social. Delegar funciones y responsabilidades en otros familiares y profesionales es adecuado, necesario y saludable.

Hemos de potenciar, en la medida que sea posible, la autonomía del propio enfermo. Se deben reforzar hábitos como el aseo o la alimentación. Todo ello repercute también en la autoestima de la persona dependiente.

Cuidar las posturas. Todos sabemos que los cuidadores están obligados muchas veces a cargar con el peso del familiar. Es necesario que reciban formación sobre cómo llevar a cabo estas tareas.

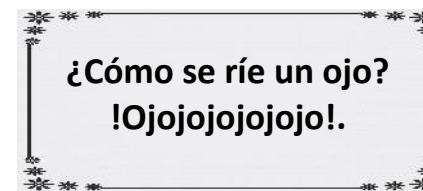
Una adecuada alimentación e instantes de ocio. El comer de forma variada, equilibrada, evitando déficits nutricionales es algo esencial. Asimismo es importante no dejar de lado las aficiones, las pasiones y esos descansos cotidianos como, sencillamente, salir a caminar al menos durante media hora cada día.

Habilidades de comunicación. Por último y no menos importante, hemos de poder propiciar un buen desahogo emocional por parte de los cuidadores, y con ello, esa necesitada habilidad comunicativa para poder expresar miedos, ansiedades, sobrecargas...

Los cuidadores anónimos que habitan hoy en la intimidad de sus hogares llevan a cabo una labor inmensa en nuestra sociedad que no siempre es reconocida por las instituciones. No obstante, es algo



que las familias valoramos, algo que nos ennoblece como personas y que nos enseña que cuidar es amar y valorar al otro como parte de uno mismo.



Santa María Soledad Torres Acosta



Santa María Soledad nació en Madrid, el 2 de diciembre de 1826, en el seno de una familia modesta. Su infancia y juventud no ofrecen hitos notables. De pronto Dios se cruzó en su camino y trastocó sus planes. Ya no sería monja de clausura en una comunidad ultracentenaria. Sería religiosa de vida activa en una comunidad totalmente nueva.

Don Miguel Martínez, un sacerdote de un barrio periférico de Madrid, tuvo la idea de dar vida a un instituto con el fin de asistir gratuitamente a los enfermos en su propio domicilio. María Soledad será una

de las siete que encarnen su brillante idea. El 15 de agosto de 1851, pronunció los tres votos religiosos y quedó convertida en “ministra y servidora de los enfermos”. En adelante su vida toda será una ofrenda perpetua, una lámpara que se consume día a día en aras de la caridad.

La joven comunidad de las Siervas de María atravesó duros momentos: seis de las siete fundadoras, en 1856, desertaron y hasta el mismo Don Miguel flaquea y se retira. Sólo quedó la Madre Soledad, y sobre ella recayó la tarea de mantener el fuego sagrado del primer momento.

Con el apoyo del Padre Gabino Sánchez, agustino recoleto, restablecieron la disciplina, reconquistaron el crédito social y echaron los cimientos materiales y espirituales de una sana vida común.

Luego de otra etapa de tormenta cuando la revolución de septiembre de 1868 y el revuelo social que la acompañó frenaron la primera expansión de las Siervas, en 1875 la paz besó nuevamente el cielo de España; y la madre, que ya en plena tempestad había abierto la casa de Valencia (1872), puede dar curso a su santa impaciencia. Al igual que Teresa de Jesús, se improvisa viajera incesante y va salpicando el mapa español de nuevas fundaciones. En el 1875 traspasa los confines peninsulares.